



Escribir, tan solos

Carlos Skliar

 mármara

Mármara ensayo, 1

Carlos Skliar

Escribir, tan solos

Una biblioteca de la soledad

(Breves ensayos sobre la literaria soledad)



mármara

Primera edición: marzo de 2017

© Carlos Skliar, 2017

© 2017 de esta edición: Mármara Ediciones

www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Úbeda

Ilustración de cubierta: © Adriano Agulló

Ilustración de solapa: © Élia Mervi

Impresión: Gráficas Cofás

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-943913-9-2

Depósito legal: M-4575-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Índice

Notas del autor	11
PRINCIPIO Y PRECIPICIO	
Preguntar por la soledad, responder desde un <i>punto de vista</i> .	13
I. RIMBAUD / JUARROZ / HERZOG	
Equívocos al retratar la soledad: la promesa de ser bueno, amigo y vidente.	31
II. COETZEE / NOOTEBOOM	
La soledad de los individuos, el regreso de los mendigos y la insistencia de las tumbas y los poetas.	49
III. LEYSHON / LISPECTOR / DURAS	
El azul del tiempo, las entrelíneas de la escritura y la soledad de todas las <i>casas</i> .	79
IV. KLIMA / HRABAL	
Amar a Kafka: los desperdicios de una soledad demasiado ruidosa.	97
V. PESSOA / PAVESE	
Las lenguas del desasosiego.	111

VI. CORTÁZAR / BOLAÑO / PAMUK Los padres, sus maletas y nuestros arrepentimientos.	127
VII. TSVIETÁEIVA / PIZARNIK / BLANDIANA Durante la poesía la soledad tiembla.	145
VIII. RUIZ SOSA / LICHTENBERG / ROTH La enfermedad de la lectura, el lenguaje infecto y la frágil soledad.	161
IX. MONTAIGNE / NIETZSCHE / BLANCHOT / DELEUZE Filosofías de la soledad: la patria del presente, el intervalo de la lectura y el refugio de la amistad.	183
X. MÁRAI / ZWEIG / BUZZATI Cartas de desconocidos: el desierto de aquello que aún queda por decirse.	207
XI. LARINA / MERINI La soledad prohibida y el imposible encierro del fuego.	223
XII. LEM / YOURCENAR La soledad es como un oleaje, pero el mar nunca sabe qué es el mar.	241

XIII. BARROS / VÍCTOR HUGO / PROUST DAGERMAN / NÉMIROVSKY	
La infancia del lenguaje, la infancia de la niñez, memorias de infancias: después es demasiado tarde.	253
XIV. BACHMANN / BERNHARD / CHAR	
La escritura imposible, la soledad como esfera, y todos los últimos poemas.	275
IMPRECISIONES FINALES	
La soledad de una vida y de una biblioteca.	289
Bibliografía <i>en compañía</i>.	303
Bibliografía <i>en soledad</i>.	315

Notas del autor

1. La idea de reunir en capítulos a autores y obras en apariencia distantes en cuanto a su filiación literaria, delimitación de géneros y/o diferencia de época, es osada e irresponsable, y obedece pura y exclusivamente a una intuición de parentesco de ciertas *imágenes de soledad* que se desprenden de mi lectura y, quizá, de su escritura. Los he reunido por ese impreciso motivo para sugerir una suerte de *biblioteca de la soledad*. Y también, quizá, para no dejarlos a solas.

2. He optado por darle mayor fluidez al texto y no sobrecargarlo con las referencias de autor, año y página al interior de cada párrafo donde hubiera citas. Hacia el final del libro se encontrará la lista consultada (bibliografía *en compañía*) y una austera lista de publicaciones personales (bibliografía *en soledad*) que en cierto modo fueron dando origen a algunas versiones parciales de los ensayos aquí reunidos.

3. Los agradecimientos son incontables e inmediatos, como la soledad, como la amistad. Sin embargo, quisiera subrayar mi gratitud a aquellas y aquellos que leyeron versiones minúsculas o mayúsculas de estos escritos y dijeron que «sí», sin dejarme desfallecer en

el intento: María José Sánchez, Fernando Bárcena, Sofía Magdalena Pascucci, Violeta Serrano García, Joan-Carles Mélich, Rubén Segal, Eduardo Ruiz Sosa, Teresa Taffarel, Olga Jornet, Eduardo Parra Ramírez, Albert Lladó, Ana Arzoumanian, Viorica Patea. Y a Mármara Ediciones por haber dicho que «sí» a una versión que ya creía definitiva, y cubrió de estruendos mi soledad y la de aquellos junto a quienes amo la vida (y, a veces, solo a veces, también al mundo).

PRINCIPIO Y PRECIPICIO

Preguntar por la soledad, responder desde un *punto de vista*.

Solo salgo para renovar la necesidad de estar solo.

Lord Byron

*Nadie es más solitario que aquél que nunca ha recibido
una carta.*

Elías Canetti

*Desviamos la mirada de nuestra soledad, de nosotros mismos,
y no soportamos ni a los otros ni a nosotros mismos, y los otros
tampoco nos soportan.*

Herta Müller

*Nadie aprende, nadie aspira, nadie enseña a
soportar la soledad.*

Friedrich Nietzsche

Si acaso nos fuese dada la posibilidad de pensar en una experiencia común de lo humano, una experiencia de la cual nadie pudiera ausentarse o distraerse, una experiencia que tocase tanto el borde de lo universal como de lo singular, ésta no sería la de la comunidad sino quizá la de la soledad, esa palabra que se pronuncia o se escucha o se calla, y que encoge los hombros o asfixia el alma, recoge las cenizas de la existencia, desata todos sus estruendos, busca el tono de su intimidad y expone en carne viva o en secreto la lluvia torrencial de sus deseos.

Esto es bien cierto, sí, quizá a excepción de los recién nacidos —un niño solo y a solas muere enseguida o se vuelve adulto, que es casi lo mismo— o durante la vejez —hay ancianos que se muerden la lengua para no tener que pensar y retuercen su olvido para no verse obligados a recordar—, y a cada instante en que la soledad se confunde con el paisaje siempre grisáceo de lo solitario.

La alternativa al encogimiento o al recogimiento no es interesante, sobre todo si se reemplaza o traduce la soledad con otras palabras que todo lo destiñen y empeoran: agobio, desánimo, ausencia, exilio, dolencia, carencia, desasosiego, vacío, depresión, falta, tristeza, impotencia.

Dos preguntas se abren sin destino aparente: ¿La soledad como una virtud? ¿Deseo milenario y actual de soledad? ¿O la soledad como un castigo? ¿Multitud como salvación, el ruido de los otros como defensa del silencio o del secreto propio?

Estas páginas intentarán una narración acerca de las múltiples figuras de la soledad al interior de la literatura, lo que es decir: en una biblioteca entre escritores, escrituras y lecturas.

Podría decirse así, aunque sin afirmarlo ciegamente: la literatura —a la que provisoria y precariamente nombraremos como aquellos gestos decididos del leer y del escribir, exentos de moralidad y de utilidad— mejora la soledad o la soledad mejora la literatura, pero ni una ni la otra son ciencias exactas, y *mejorar* no es una palabra que pueda pronunciarse sin un cierto sonrojo.

La experiencia literaria, escrita y/o leída es sobre todo, ya se sabe, una experiencia de soledad. Lo confiesan sin disimulo quienes se apartan por horas o décadas y preferirían no ser interrumpidos, quienes se escapan voluntariamente del proverbial barullo y las multitudes para refugiarse en el silencio acumulado de siglos de textos, quienes permanecen décadas detenidos entre fragmentos o frases abandonadas a su propia suerte, quienes sin buscar específicamente nada recorren el laberinto o la travesía de las palabras para sí mismos, no exentos de peligro, y quienes padecen o gozan por no haber ido hacia la soledad sino por haberse encontrado con ella.

El *ex periri* que reúne a la escritura, la lectura y la soledad es tan típico como tópico, tan repetido y banal cuanto inasible, irremediable e inmedible; pero un riesgo acecha: el de no poder pensar jamás esa tríada al margen de sus habituales figuras acia-gas, carentes de relieve, teñidas de religiosidad, moralidad y espanto.

A menudo se ofrece una imagen velada: aquella que proviene de quienes padecen de medida y recelo, aquellos que no atinan a inclinarse para reanimar una página seca o un fragmento caído de un papel escrito, quienes jamás se callan y suben las escaleras de peldaño en peldaño sin nunca trastabillarse: el rechazo a la soledad como principio, la refutación de la soledad como estandarte, la algarabía insípida de estar siempre fuera, de estar siempre junto a otros. Esa jactancia que impide hacerse aparte y confinar la soledad, maltratarla, de ignorarla, o bien de comercializarla de forma espuria, bajo la forma de una piedad burlona, evitando a cada momento toda sensación de abismo, de dolorosa indiferencia o de amor extremo.

Apartarse hacia la soledad, ir hacia ella, buscarla, habitar el refugio de sí mismo: «Lo que he ganado con la soledad es poder decidir por mí mismo mi dieta espiritual», escribió Strindberg. O bien apartar la soledad, irse de ella, rehusarse, como también expresa el escritor sueco: «La soledad no era algo que yo hubiera elegido, se me había impuesto, y ahora la odiaba como una coacción».

Esta es otra forma de comprender uno de los límites que fragmentan o distinguen la experiencia de lo humano; en un caso, cierto distanciamiento para reencontrarse con la sensibilidad y la percepción sobre el mundo; en otro caso, el barullo y el torbellino que disimulan las miserias y olvidan lo insoportable de la existencia.

La soledad podría ser un principio, un punto de partida, una patria, un refugio, una guarida, el propio cuerpo, algo parecido a una atmósfera, a una tonalidad de la voz, un devenir y revenir que será siempre irrepitable, imprevisible, indefinido.

Pero ocurre que a veces no hay principios sino una palabra muy parecida: precipicios. No se trata tanto de esa soledad que desespera y abruma sino más bien del tedio o el aburrimiento que deviene del pensarse la soledad; porque el pensar es siempre al final, después de todo, lejos del temblor, cuando el cuerpo se ha aplacado, se ha adormecido, y ya no se escucha la debilidad de su propia voz.

Sea la soledad la verdadera patria o el definitivo exilio, siempre se ve interrumpida, antes, durante o después del pensamiento: interrumpida por una pregunta —propia o ajena—, por los lugartenientes de la moral, por las instituciones sociales que obligan a la expresión y a la opinión, por los medios de comunicación que insisten en crear barullos sobre cualquier hecho a cualquier hora, en aquellas horas de la infancia en las que nada se hace y mucho nos obligan a hacer, durante la lectura, en el transcurso de una pasión o en la letanía de una percepción.

La interrupción a la soledad es la obsesión que las grandes ciudades tienen para con los individuos y los adultos para con los niños, que insiste en identificar la soledad como lo solitario, y lo solitario como una enfermedad malvada e incurable.

Por ello a veces la pregunta por la soledad está vacía o vaciada, como si se tratara de una cuestión sin nadie afuera y sin alguien dentro. Sin nadie fuera: nadie nos convencerá, nadie nos explicará, nadie dirá exactamente de qué se trata; sin nadie dentro: no es la identidad la que elabora un sentido preciso de la soledad.

La pregunta por la soledad es, quizá, el interrogante por una historia de lo humano imperfecta, inexacta, azarosa; una pregunta repetitiva y, por ello mismo, tan esencial como absurda que no quisiera volver a ser nunca formulada; una pregunta tímida, avergonzada y vergonzosa, despiadada aunque, algunas veces también, acogedora: ¿de qué está hecha nuestra soledad? ¿Qué nos dice? ¿Qué hacemos con aquello que escuchamos, si es que acaso escuchamos algo que provenga de ella? ¿Y qué diremos al escuchar tantos sonidos que componen nuestra poca voz? ¿Es una voz de decisión o indecisión, la duda de la experiencia o el saber fijado a la conciencia?

La pregunta por la soledad lo desordena todo: el mundo parece estar siempre en orden y por lo tanto inmóvil, sin brisas que atraviesan, sin nuevas cartas que parten o llegan, desierto y desalmado. Nadie pregunta porque nadie quisiera ser preguntado: el temor a una pregunta es solo comparable a la duración del

destierro, a un amor en el preciso instante en que comienza a olvidarse, al horror de la necedad y del juzgamiento allí donde en su lugar debiera estar la mirada abierta, sin más. Como lo escribe Henry James: «La gente es, al parecer, increíblemente aguda en la conversación, en la argumentación; te esperan en silencio, en un rincón del camino, y de repente descargan su revólver».

Por ello toda respuesta a la pregunta por la soledad puede ser o aparentar ser torpe. La palabra será *torpeza*, sí, esa que aparece en el curioso libro de Gonçalo Tavares, llamado *Biblioteca*: torpeza por querer encontrar una única salida para una pregunta ya olvidada, torpeza por responder con rapidez antes que truene el alma y torpeza, en fin, por no esperar la densidad del silencio.

Así, responder urgentemente a la pregunta: ¿qué es la soledad?, sería como evitar las dos salidas posibles que siempre posee cada pregunta: una, que no importa tanto quiénes somos, dónde iremos o qué ansiamos, sino porqué sería necesario saberlo; dos, comprender que toda pregunta es igual a la extensión de su música: cada incógnita dependerá de la duración de su permanencia en nuestro cuerpo.

Hace tiempo que nadie pregunta algo que nos aleje de donde estamos, que nos convide a quitarnos de nosotros mismos; hace tiempo que nadie nos mira a los ojos y nos sacude la aparente calma. Estamos demasiado habituados a esas preguntas que solo obtienen como respuesta la insensatez de un gruñido,

el bostezo proverbial, tal vez un leve movimiento de los párpados.

Entonces: ¿para qué preguntar por la soledad si la soberbia es la única virtud de los que preguntan? ¿Para qué preguntar si el oído parece escuchar pero luego se oculta? ¿Para qué preguntar si lo que desea cada uno es reiterar hasta el hartazgo la pregunta única de su sorda propiedad?

Hubo un tiempo en que preguntar era una zozobra, la contraseña para ingresar al paraíso o el infierno, la donación de otra conciencia, la travesía inédita hacia algún lugar que bien podría ser hacia ninguna parte.

Hubo un tiempo, sí, en que preguntar era, de verdad, hacer una pregunta.

La pregunta por la soledad se ha transformado en la cizaña de una violencia impar, como si preguntarnos por nosotros, acerca de nuestra propia interioridad, fuera una osadía inescrupulosa, un símbolo perverso que busca abrir el cerrojo de una intimidad inviolable, muda, intacta.

Habrán entonces que buscar las preguntas en algunos libros, en algunos amigos, en la sencillez de un paisaje, en el doblez de un gesto, pues la pregunta debería provenir desde afuera, la pregunta inesperada, la única pregunta que es la pregunta por la soledad, aquella que deja hecho jirones el hilo de la carne.

Entonces sí que vale la pena la pregunta. La pregunta que es, siempre, extraña a nosotros mismos, extranjera al conocimiento consagrado, al concepto encerrado en su propio presidio.

Preguntar qué es la soledad indicaría el camino hacia una dirección prescrita en esa escritura quieta, absorta de sí del diccionario pues supone:

estar solo sin acompañamiento de una persona u otra cosa; puede tener origen en diferentes causas, como la propia elección del individuo, una enfermedad contagiosa o hábitos socialmente distraídos.

La causa de la soledad, así, en esta lectura prolija pero errática, alfabética e insustancial, sugiere una elección que es del *individuo* y que está próxima a la enfermedad, a la distracción, al desnorte, a la privación.

Cambiaremos la pregunta, pues quisiéramos ignorar la respuesta hecha a medida de la complacencia, la satisfacción y el repetido esoterismo.

Ya no se trataría, entonces, de una disputa acerca de mejores o peores definiciones sobre aquello que es o significa la soledad, sino más bien de intentar susurrar qué *hay* en ella.

Haber, sí, no tener, no poseer ni disponer; un *hay* como existencia y no como esencia, que será por su propia fuerza de carácter narrativo, descriptivo: ¿hay en la soledad una historia de lo humano, de lo que habita en su animalidad y que ninguna cultura ni política ni gramática puede suspender o postergar o prohibir? ¿Hay también una pregunta acerca de aquello que está, se encuentra y existe en las cavidades de los individuos singulares, en sus recovecos, en lo que no llega a

ser palabra y aun así desea su traducción y, quizá, su confesión? ¿Está la soledad, en fin, en la escritura y la lectura, en una posible biblioteca solitaria, en esa figura inconforme e informe de escritores y lectores a solas?

Si así fuese, la soledad narraría lo humano mucho más que todo el aparato disciplinar y tecnificado de las ciencias, y habría que intentar mostrar sus voces —sus letras—, esas marcas sonoras y sordas que navegan y afondan por los cuerpos, que recorren nuestras extrañas biografías, que atraviesan la sedimentación rocosa de la vida, y que demarcan los estallidos, los silencios, los abatimientos, las colisiones, los secretos, las rebeliones sin pancartas, los gemidos de la piel, el goce íntimo o plural de una experiencia particular de la existencia.

Y también se trataría de revelar esas voces —esas letras—, que no son propias, o que no lo son en los términos de originalidad y exclusividad sino más bien de alteridad; esas voces que expresan infinitos matices, situaciones, encuentros y desencuentros, y que preservan vidas ajenas, vidas de otros, en otros tiempos, en otras travesías.

La literatura, entonces, en sus dos gestos, en sus dos relatos, en sus dos huellas u oquedades: el deseo de contar con nuestras propias palabras y la potencia del leer las palabras en otros los rastros y los rostros de la soledad.

Pero la soledad, ahora, como esa voz que nos habla al oído y nos impulsa a hacer algo, la soledad como la ética personal que muerde y remuerde la conciencia, la soledad a la que se combate

como si se tratase de una dolencia, la soledad como simple aletargamiento, o bien como hospitalidad, el refugio para decidir incluso toda una vida de indecisiones.

Voces, letras, que dirían que sin la soledad no habría existencia.

Esa voz que, como lo escribe Mladen Dólar, acompaña a Sócrates desde su infancia: el *daimon* que permanece allí susurrando o vociferando para aconsejar y desaconsejar, su musicalidad disuasiva.

Pero hay tantas vidas y tantas voces que impiden una conclusión; tantas vidas y tan pocas figuras geométricas o fórmulas matemáticas o leyes de la genética para expresarlas, contenerlas, contarlas.

La soledad es un laberinto que asume la forma de la encrucijada de lo humano —y del escribir y del leer—: el laberinto como mapa y territorio a la vez, y no ya como una pérdida momentánea o accidental del rumbo; el laberinto que vuelve ineficaces las líneas rectas, los círculos cerrados, las latitudes y las longitudes, los trazados y las brújulas, que son apenas el artificio con el que se disimula lo escabroso de la travesía de los cuerpos.

Es decir: una reconstrucción de la soledad como laberinto en sí, para poder afirmar, o confirmar, que no hay señales ni símbolos precisos que apunten hacia una dirección cierta —por aquí vamos al amor, por allí nos dirigimos hacia la detención del tiempo, por esta lectura llegaremos a ser, a existir, o a saber—; una soledad que no sea solamente el escondite miserable

de la complacencia, ni una mirada altiva desde la cual todo pasa a ser fútil e insignificante.

Hay tres cosas que impiden habitar el laberinto sin desesperación: la falsa moral, la opulenta ciencia y la mortífera indiferencia; y tres cosas nos regresan a él sin que podamos hacer nada al respecto: nuestro permanente exilio, la infancia que no está —aunque todavía es— y ese amor extraño que profesamos por lo imposible, lo inconfesable y lo indecible.

Lo cierto es que estamos solos: de a uno, de a dos, de a tres mil. En el torbellino, en el huracán, en el tumulto, en la multitud, en las filas. Solos como la noche estrictamente sola. Solos a la hora del cansancio y solos en el instante del despertar. Solos para leer y solos para escribir.

Es cierto: sería posible disimular el laberinto de la soledad, desviarlo por un instante, contarnos a nosotros mismos el relato de la continua compañía, amar para acortar las sucesivas distancias, conversar para no sentir la gravedad del silencio. Y, sin embargo: el llanto es solo, la espalda es sola, la luna ilumina la parte menos honda de la tierra, el acantilado cae abruptamente hacia un mismo lado.

El laberinto es la duda que nos arroja el mundo de cara a nuestras certezas incommovibles, a las afirmaciones altivas, a los rostros infames que cargan con el gesto de la verdad impuesta y a esa extranjera confesión del olvido.

El laberinto es la pregunta ronca a todas esas respuestas trazadas de antemano, la travesía que reúne

al encuentro con su desencuentro, el pasaje que no pasa y nos devuelve al tiempo, la geometría indómita de la memoria y sus inconstantes pasiones.

No es posible quitarse del laberinto, simplemente porque no hay nada fuera, no hay mundo, no hay vida, no hay lo humano. Quienes lo intentan, desesperan y enmudecen; quienes creen haber escapado se refugian en un lenguaje torpe de medias palabras hechas con el aroma rancio de la auto-ayuda; quienes lo niegan continúan con su rumbo de soberbia, se tropiezan a cada instante con sus propias falacias.

No es posible salirse del laberinto porque la vida no es una toma de decisión empresarial o publicitaria, ni una voluntad aciaga de superación de la muerte, ni un permanecer satisfechos en la quietud del páramo. Como escribe Marina Gasparini: «No hay umbral ante la entrada del laberinto. Nada lo anuncia (...) No salimos al encuentro de nuestro laberinto. Será éste el que nos encuentre».

Todas las soledades, todas las escrituras y lecturas, se mecen entre laberintos: el laberinto de las almas que apenas se reconfortan con sus indecisiones, el laberinto de la lengua que escribe y escarba y muerde y no concluye jamás ni la frase ni el poema ni el relato, el laberinto de las pasiones que se arrojan hacia el vacío, el laberinto de la voz que no acaba por expresarse, el laberinto de la memoria que recuerda y olvida al mismo tiempo.

Las líneas que nos surcan —por deber o por necesidad— apenas nos vuelven ancianos de nuestras

propias vidas. Cargamos —sostenemos, respiramos— con todo lo que tenemos y con lo que siempre nos hará falta. Pero nada es de nuestra propiedad: es el mundo desnudo y desprotegido el que llevamos con nosotros en una maleta cada vez más vieja, de cuero generalmente negro, olvidándonos los códigos de todos sus candados, de todos sus secretos.

¿O acaso alguien sabe cómo ver de verdad lo que se mira por vez primera? ¿Cómo atravesar lo que aún no es nombre, ni rastro, ni sueño? ¿Cómo escribir lo que nunca escribimos? ¿De qué modo leer un libro que aún no hemos abierto?

Nadie tiene las instrucciones del laberinto, pues de nadie es la palabra y es de todos la bruma.

La única rebelión posible consiste en abrir los ojos y rehacer el lenguaje, reconstruirlo: el lenguaje de las aves para compartir el aire, el del mar para nunca saciar los temblores del cuerpo, el del amor para intentar no odiarse, el del escribir para percibir y el del leer para, entonces, volver a extraviarse.

Después de todo no nos queda más que un punto de vista.

Quizá aquello que se ha dado en llamar como *identidad* sea exactamente ello, un punto de vista, una mirada particular a una hora específica en relación a algún acontecimiento singular; un sitio desde donde alguien percibe algo y lo toma, o lo deja, o se siente conmovido o indiferente, avanza, retrocede, escribe, se yergue en su mudez o desciende hacia su propio subsuelo.

Pero: ¿procede la soledad de una identidad que es su punto de vista?

Es posible que la identidad necesite creer en sí misma para tornarse imperecedera, darse una duración más allá del instante en que se muestra o se ofrece y para que se revelen así algunas verdades, aunque sostenidas por pilares de agua estancada o por escuálidas tortugas; por ejemplo: que es absolutamente cierto todo lo que pensamos, que lo que no permanece es inexistente, que lo que está delante nuestro es nuestro, y que un libro no leído solo es una lectura menos.

Sin embargo, cuando la soledad se confunde con la identidad el cuerpo permanece rígido, tenso, los ojos persiguen una presa que se sabe débil, las manos dictaminan presurosas con sus índices apuntando a alguien o algo para ajusticiarlos, la palabra es exacta, estudiada, medida, sopesada.

La identidad acalla a la soledad, realiza un pacto espurio con la intimidad, y renuncia a la alteridad: pide que no se entrometan, promete un artificioso sosiego, sugiere despreocupación, afirma y reafirma que todo está en su lugar y en orden.

Al decir: «yo soy» es probable que una ligera sonrisa nos cruce el rostro, como un rastro de satisfacción. O si dicen: «tú eres», todo se vuelve meridiana claridad. Pero también decimos: «nosotros somos», y un toldo de hojas y frutos se desmorona desde lo más alto hacia la tierra seca. Decimos: «nosotros somos», y se escuchan los alaridos de todos los ausentes.

Entonces: ¿cuál identidad hay en la soledad? ¿La que nos hace avanzar con la furia de nuestro nombre o aquella que nos hace retroceder por miedo a que nos confundan con otros? ¿Aquella de la afirmación rotunda, sin resquicios, voluntariosa, o la que se reconoce incapaz de toda injustificada gloria? ¿Aquella que al leer ya sabe todo lo que lee porque solo busca la *parecida escritura*?

No puede ser tan fácil. No puede ser tan simple.

El mundo se ha compuesto y recompuesto en nombre de la identidad: los dioses poseían la identidad del viento, de la sed, de la furia, de la locura, del huracán, de la belleza y del oscuro abismo decisivo. Cristo era una identidad. Las masacres son por la identidad. Y las revoluciones. Y el fuego encendido por las aldeas remotas y cercanas. Y la expulsión del paraíso. Y el diluvio universal. Y la torre de Babel. Y esa niña o ese niño que golpea o muerde o empuja para que no le quiten lo que supone que le es propio. Y ese hombre que destroza la vida de la mujer. Y esa mujer que destruye la vida de otra mujer. Y el cura que excomulga. Y todas y cada una de las guerras, las pequeñas y las absolutas, las cotidianas y las seculares, las de islas y las de archipiélagos, las del amor y las de la muerte.

Sí, será mejor decir: la soledad también es un punto de vista, solo que, quién sabe, algo más austero, más humilde y en controversia con aquel de la identidad y, quizá, aún más esencial que el de la intimidad.

Tal como sucede en el relato de Henry James, *El punto de vista*, es decir, la aparición de una escritura

del desacuerdo, las voces en contraposición, ese forcejeo de la soledad que intenta argumentar desde la tirantez necesaria para permanecer de un lado o del otro de lo que sentimos, de lo que pensamos, de lo que somos o creemos ser.

Como si en el feroz movimiento de altamar o en la absoluta delicadeza de la planicie, hubiera que decidir no solo el rumbo de la marea o de los campos, sino también el destino de nuestros primeros o últimos gestos, el porvenir de nuestras primeras o últimas palabras.

Escribir, tan solos es un libro imprescindible no solo para conocer las diferentes caras de la literaria soledad, sino fundamentalmente para poder interpretar la soledad de tantas y tan grandes figuras de la narrativa universal. A través de los breves ensayos que componen la obra y mediante un lenguaje preciso y desasosegante, Carlos Skliar consigue acercarnos a los estados de ánimo más íntimos del proceso creativo y lector, para poder conocer esta particularidad endémica de las letras contemporáneas:

«La obra es solitaria, y esto no significa que permanezca incomunicable, que le falte lector. Pero el que la lee participa de esa afirmación de la soledad de la obra, así como quien la escribe pertenece al riesgo de esa soledad».

Maurice Blanchot

IBIC: FA
ISBN: 978-84-943913-9-2



9 788494 301392 >

mármara ensayo